

Desde la soledad

Diego Muñoz Valenzuela, *Lugares secretos*, Santiago, Mosquito Editores, Col. La casa invertida, 1993, 177 páginas.

Mariano Aguirre

Autor de un libro de cuentos, *Nada ha terminado* (1984), y de una novela, *Todo el amor en sus ojos* (1990), Diego Muñoz Valenzuela (1956) pertenece a esa promoción de escritores surgida en la década pasada en medio de un espacio inhóspito y dictatorialmente vigilado. Rota la relación vital-exilio mediante- con los narradores anteriores, construyeron su formación a fuerza de lecturas dispersas y de una porfía vocacional que algún día habrá que historiar. Algo de esa historia y de esa producción están consignadas en las sendas antologías que Diego Muñoz y Ramón Díaz Eterovic han compilado, *Contando el cuento* (1986) y *Andar con cuentos* (1992).

Una veintena de relatos reúne ahora Muñoz Valenzuela en *Lugares secretos* que, en diversos registros, están atravesados por un motivo reiterativo: la soledad. Sus personajes, sobrevivientes la mayor de las veces, deambulan solitarios por espacios que no sólo ellos mismos sienten amenazantes sino que son constantemente observados por miradas, reales o imaginadas, intimidatorias. Son extraños en un mundo que en un pasado reciente también les perteneció. No es gratuito, pues, que en varias narraciones los protagonistas busquen un refugio evocando la infancia, pese a los fantasmas que igualmente la recorren.

En este sentido resulta paradigmático el cuento *Bajo el bosque*, uno de los mejores del volumen. Aunque narrado en segunda persona -tipo de narración poco frecuente pero que Muñoz Valenzuela elabora también en otros-, el relato asume un carácter fuertemente autobiográfico. Un muchacho vuelve a su lugar de origen, Constitución, "justo ahora que cumples diecisiete, el cumpleaños más solo y más triste de tu vida", como una forma de renacer después de haber experimentado el horror de la represión representada por la desaparición de un amigo. En su caminar solitario por los paisajes de la infancia recupera una potente relación con la naturaleza que le permitirá enfrentar vitalmente la pérdida.

Directa, o indirectamente, no menos de la mitad de los cuentos también se enmarca en situaciones relacionadas con la dictadura. Diego Muñoz, por fortuna, tiene el suficiente talento para no caer en obviedades o desgarros previsibles. En *El visitante*, por ejemplo, la inesperada aparición de un extraño en la casa del joven que narra es una muestra bastante peculiar de cómo se construye la solidaridad. O los

variados puntos de vista que maneja el narrador de *Anoche en la ciudad* para entregar una visión totalizadora, desde adentro y desde afuera, de lo que es una clandestina casa de detención. O bien, la metáfora de corte fantástico en *Perros*, relato epistolar, que da una dantesca percepción de cómo operan los agentes represivos.

En *Estás cayendo*, con una notable economía textual, Muñoz Valenzuela es capaz de elaborar los hitos más significativos de la existencia del protagonista en su tránsito hacia una muerte violenta. En cambio en *Lugares secretos*, cuento que le da título a todo el volumen, se concentra en las secuelas de una detención reciente que altera -aterroriza habría que decir- al desolado personaje en su intento de rehacer su vida, una vida que pareciera eternamente vigilada.

En todos estos relatos, el autor corrobora que no es necesaria la "grandiosidad" de la épica para representar una realidad degradante. Al contrario, acotando esa realidad a lo más cotidiano y singular logra encarnarla.

Otros mundos hay en estos *Lugares secretos*, aunque siempre narrados desde la soledad. Es lo que acontece en los dos relatos de anticipación del libro. En uno, *Luces de neón*, es un clon el que deambula perdido por las calles de la ciudad; en cambio en *El otro segmento* es un solitario hombre que vive en medio de autómatas. Operan así como cara y cruz. En un registro diferente *Old fan* reconstruye la vida de un viejo fanático del rock que a través de la música ha intentado alcanzar la libertad.

Variedad de temas -más, por cierto, que los señalados- y de formas hay en estos relatos de Diego Muñoz Valenzuela. Salvo alguna debilidad en uno que otro final, el conjunto muestra a un escritor que ha entrado con seguridad y sin ningún aspaviento a la madurez narrativa.

